

Palabras para inaugurar insurgencias

RODOLFO M. PANDOLFI

De hierro y de acero, frío, duro y mudo
forja un corazón para tí, hombre y ven.
VEN, hombre, a la ciudad donde se hizo la matanza;
Y entre el montón de ruinas y de escombros, avanza,
Y mira con tus ojos y toca con tus manos
Sobre la cal del muro, sobre el árbol, la piedra,
Coágulos de sangre, de sangre espesa y negra
fibras de cerebros y de miembros humanos.
VEN, que te llevaré por sitios asquerosos,
Por zahurdas, retretes... En estos hediondos pozos
Fueron a refugiarse los claros descendientes
De aquellos macabeos de sagrada simiente.

(Jaim Najman Bialik: "En la ciudad de la matanza")

Los cuatrocientos estudiantes que en 1934 se reunieron en Bruselas para proclamar los derechos de la juventud en nombre de pueblos diversos y tendencias encontradas, coincidieron en decirle al mundo: "Ninguna generación ha sido tan sacrificada como la nuestra". Los jóvenes de hoy podemos repetir esa protesta, con más patético acento y en más dramáticas circunstancias. Somos generación sacrificada: conviene, pues, conocer bien la magnitud de nuestra inmolación y ver que esperamos de nuestros intelectuales.

Los recuerdos provenientes de las primeras inquietudes hacia lo que nos rodeaba fueron noticias que nos llegaban sobre un mundo llameante e inundado de gemidos por la más inhumana de las guerras. Desde entonces, nuestras vidas quedaron marcadas. La precaria paz que se nos brindó después no hizo sino ahondar esta crisis espiritual. Ella tiene un sentido bien claro: hemos visto como los estadistas partían de Nietzsche para llegar a la masacre de Lídice y de Hegel para desembocar en los campos de trabajo soviéticos. Por eso, no esperamos de los escritores ni palabras de evasión y vacío, ni palabras de esclavitud espiritual. Esperamos de ellos palabras que inauguren insurgencias, es decir, que promuevan conversiones hacia la libertad y hacia un sentido solidario de lo humano.

En este apocalíptico regreso de la aventura optimista del siglo XIX, los sueños de los utopistas se transformaron en las más espantosas pesadillas, y no queda ya lugar para el generoso forjar de proyectos a realizarse en el año 2000. Los hombres de Estado nos han robado todo y colocaron una pared que interrumpe las frescas miradas antaño cargadas de ilusión y anhelo. Nuestro destino es carecer de futuro. Estamos acorralados.

El siglo en que vivimos no quiere ser traicionado. Por eso nos antepone constantemente su presencia e inunda los aires con sus reclamos. Ante él, la fidelidad que exigimos a artistas y escritores consiste en emprender la búsqueda por detrás de sus ojos, conmoviendo el misterio de sus músculos, sus huesos y su sangre, en un desgarrarse furioso para exhibir sus secretos más únicos e iniciar así una cálida confesión en nuestro tiempo y en su culpa. Si palpan de este modo las raíces de su expresión, podrán al menos hallar la sola porción de alivio a que tienen derecho quienes viven en medio de la tragedia. Así lo descubrieron muchos intelectuales de hoy: los que comprendieron que ya les está prohibido ser elegantes. Uno de ellos —François Mauriac— dijo hace poco que viviendo bajo un cielo por el que el humo de los crematorios anda aún, no se puede destacar el idilio porque está vedado cerrar los ojos al misterio del mal.

Al terminar la guerra del 14, los surrealistas iniciaron su empresa cándida y diabólica mientras los futuristas proclamaban la exaltación del puñetazo en un intento de crear agresivamente nuevas categorías de lo humano. Ahora todo esto ha perdido su sentido, porque los campos de concentración han superado los ojos abiertos a navajazos por Buñuel. Satán abandonó sus travesuras y utilizó los adoquines aplastados por la misma mosca en la construcción de Belsen ⁽¹⁾. Hoy leemos el relato de un niño de catorce años sobre el que caen los trozos de cerebro humano ⁽²⁾ y sabemos de los seis millones de judíos asesinados por los nazis. La realidad se ha burlado de la más enfermiza de las imaginaciones, y no ya la creación, sino la simple crónica basta para interrumpir las digestiones de los burgueses.

Henos aquí, culpables y acorralados, desmoronadas nuestras utopías, ansiosos de enfrentar a las buenas gentes con todos los excrementos y la sangre que nos legaron y perseguidos sin piedad por los mártires de Auschwitz que se niegan a ser historia. Por eso, no nos queda sino ir al encuentro de aquellos escritores que lo viven plenamente todo en la más heroica y conmovedora mili-

¹ Alusión a un proverbio surrealista de Paul Eluard y Benjamín Péret: "Aplastar dos adoquines con la misma mosca".

² "Hablan los sobrevivientes". Buenos Aires, 1949. Pág. 251.

tancia intelectual, y que comprendieron cuán valioso es para cada uno de ellos el grito de Nietzsche: "El pecado contra la tierra es el más terrible de los pecados". Constituyen la clase de los que, cuando las tormentas de su tiempo desatan los galopes, asumen la sinceridad y el riesgo.

No sirve evadirse de las tragedias de nuestro siglo. De ello, la vida y la muerte de Stefan Zweig es un dramático testimonio. El había querido separar la literatura de las urgencias vitales. Pero cuando se enfrenta repentinamente con la demencia de su tiempo, comienza a vagar semienloquecido, perseguido por la idea de haber traicionado a sus hermanos. Comprende entonces que "la creación artística requiere ante todo la libertad del hombre". Pero lo hace demasiado tarde, y con la conciencia de ello, un día de febrero de 1942 se suicida. Toller, que lo precedió en 1939, había dicho: "No queda más que... o ahorcarse o cambiar el mundo".

La única esperanza de sobrevivir que tiene actualmente la literatura es desbordarse. Jules Romains dijo cierta vez que no puede existir literatura contra la libertad, porque no puede existir literatura contra el espíritu. Hoy se trata de que la literatura sea libertad, lo que significa denunciar y expresar sin adherirse a ninguno de los mitos políticos contemporáneos. Esta es la única manera de dificultar la tarea a quienes están empeñados en la destrucción de la cultura. Literatura comprometida no es literatura que tiene que decidir a quien ha de decir que sí y a quien ha de decir que no. Porque decir que sí a lo que significa cualquier poder es adherirse a la mistificación de considerar al hombre situado en la disyuntiva y no en una realidad frente a la cual inventa su solución. Pero esto no significa negarse a las solidaridades humanas. Muy por el contrario: supone que el deber del intelectual es dar testimonio de las posibilidades inexploradas y de las ansias aplastadas. Sólo afirmando la genuinidad más absoluta, sólo negándose a ser cómplice, puede el arte contribuir a que estalle la libertad. Esto, por supuesto, imposibilita al artista para ciertas complacencias.